

LIBROS



> Fabio Morábito

• **Grieta de fatiga**

> FABIO MORÁBITO

• **OTRO SIGLO PERDIDO / LAS POLÍTICAS DE DESARROLLO EN AMÉRICA LATINA (1930-2005)**

> VÍCTOR L. URQUIDI

• **Ogi no mato**

> JOSÉ KOZER

• **CINCO MIL AÑOS DE PALABRAS**

> CARLOS PRIETO

• **ESTO PARECE EL PARAÍSO**

> JOHN CHEEVER

• **LA PRESIDENCIA MODERNA / ANÁLISIS DE UNA INSTITUCIÓN QUE ES URGENTE COMPRENDER**

> LIÉBANO SÁENZ

• **El lenguaje de las trilogías**

> EULALIO FERRER

• **CONSPIRACIONES / BREVE HISTORIA DE LA CONQUISTA DEL MUNDO POR LOS EXTRATERRESTRES, LOS MASONES, LA ONU, LAS ELITES FINANCIERAS, EL ESTABLISHMENT, ETC.**

> JULIO PATÁN

CUENTO

La brisa de la casualidad



Fabio Morábito
Grieta de fatiga
México,
Tusquets, 2006,
168 pp.

Fabio Morábito escribe muy cerca de las cosas, casi a ras de la realidad, quizá porque escribir en un idioma extranjero, como advierte Alejandro Rossi, trae consigo la imposibilidad de reducir la distancia entre la palabra y la cosa. Por lo tanto, hay que reducirla de otra manera, con historias que obligan a una atención recrudescida hacia el mundo que nos rodea y las personas que lo habitan. Hay que reducirla abriendo grietas en la opacidad que nos envuelve y quizá por eso Fabio Morábito escribe muy temprano en la mañana, cuando la luz comienza a abrirse paso entre las tinieblas. Su obsesión por la vida doméstica, por el entorno familiar, por el detalle, el gesto o la manía que

traicionan las complejas leyes del comportamiento humano, es la misma que recorre su poesía y su prosa. La crítica suele extrañarse ante las infidelidades del escritor por un género como si la creación poética y la ficción prosística no provinieran de una misma cabeza y no salieran de la misma mano. *Grieta de fatiga* es otra modalidad de la poesía de Fabio Morábito, aunque su autor nunca olvide las obediencias del género, ni caiga en la trampa de poetizar sus cuentos. El ideal narrativo de Morábito parece estar cifrado en el primer cuento del libro, “El valor de roncar”, en la crítica que un aprendiz de escritor le hace a otro, en un cuarto de hotel donde ambos acuden los fines de semana para redactar sus ficciones y su ambición: “Faltaba, como en su caso, esa brisa de casualidad que hace que una historia despegue con sus propias alas, que la hace historia y no página escrita.” Es precisamente esta habilidad la que distingue los cuentos de Morábito desde hace varios libros y nos remite a una petición de principios de Julio Cortázar en *Rayuela*: “La ficción que nos interesa no es la que va colocando los personajes en la situación, sino la que instala la

situación en los personajes.” “Los crucigramas” cifra así la relación compleja y atormentada entre dos hermanas en un intercambio de revistas de crucigramas. Es admirable cómo Morábito logra conmovernos con este cuento que denota por igual su perspicacia psicológica y su oficio narrativo.

Fabio Morábito también traduce su cercanía con las cosas en un rechazo a todo intelectualismo que, en él, significa rehuir de la solemnidad, de la verborrea y de la vaguedad. Sus cuentos, como se comprueba una vez más en *Grieta de fatiga*, encarnan las ideas en la trama y los personajes, pero nunca discurren sobre las ideas, no se pierden en la abstracción. Sin embargo, sentimos que los cuentos descansan sobre un limo casi metafísico, del que olemos los efluvios sin nunca vislumbrar el color de las aguas. Morábito juega con la inminencia de las parábolas que creemos descubrir en cada cuento, como si una parábola se escondiera en el sótano de la trama, pero la parábola no se cumple del todo o no se explicita lo suficiente, y el misterio queda casi intacto al final de la lectura. El protagonista del cuento “La cigala” —una soberbia mezcla de ingenio y de espanto— concluye acerca de la interpretación literaria que a él le valió un descalabro vital: “Tal vez ha aprendido que todo libro es autosuficiente y que a la larga él mismo facilita las explicaciones que se necesitan para

entenderlo.” Escritos con la lentitud del artesano, los cuentos de *Grieta de fatiga* piden una masticación igualmente lenta y meticulosa para decantar sus varios sustratos semánticos.

Las tramas de *Grieta de fatiga* rondan ese fantástico que Freud calificó como “la inquietante extrañeza”. Ésa es, me parece, la clase de extrañeza que le fascina y le perturba a Morábito: aquella que se esconde en lo más cercano, en lo más familiar, en lo tantas veces visto que apenas se repara en él, hasta que un día la cosa nos brinca a los ojos con su sombra siniestra y su estela de asombro. Freud nunca se pregunta si son las cosas que juegan a provocarnos esta inquietante extrañeza o si, al contrario, es nuestra mirada la que la descubre en el entorno inmediato. Cuando se lee a escritores como Morábito, uno tiende a creer que el fenómeno se origina en la mirada, que se trata de entrenar el ojo y la imaginación para percibir lo fantástico de la vida cotidiana como él lo hace: con una naturalidad que desdeña lo sobrenatural. El psicoanalista vienés decía que en la creación literaria muchas cosas no son una inquietante extrañeza, pero lo serían si sucedieran en la vida, y el cuentista le da una vuelta de tuerca a la paradoja freudiana y nos hace creer que la inquietante extrañeza ha sucedido o, peor aún, está sucediendo a medida que leemos sus cuentos.

Calculo el origen del cuento “Las puertas indebidas”: al igual que muchos de nosotros, Fabio Morábito el autor habrá estado en un cuarto de hotel, donde existía una puerta de separación con el cuarto contiguo. ¿Quién no se habrá arriesgado a especular sobre qué sucedería si la puerta se abriera en medio de la noche? Morábito lo imagina para todos los que no somos capaces de llegar hasta el final de una fantasía a causa de un leve escalofrío de espanto. “Sería maravilloso que todas las puertas fueran así, dobles puertas entornadas que la brisa hace oscilar sobre sus ejes, a través de las cuales todos se comunicarían libres de temor, y que ya no hubiera puertas indebidas, ni palabras ni sentimientos indebidos.” Pero estas puertas también

son las puertas de la imaginación que el escritor empuja por nosotros para prolongar un poco más el tránsito que confunde ficción y realidad.

“Micias” es otro ejercicio contundente de imaginación. Morábito escribe el reverso de la medalla épica al inventar el interior del caballo de Troya y los anhelos de un guerrero cansado del heroísmo, de la vida a la intemperie, que sólo aspira a una cómoda vida doméstica y matrimonial. Con suma economía que es un rasgo constante de estos cuentos, el autor construye un haz de sentidos que nos llevan a leer el cuento como una alegoría de los desencantos de la vida conyugal, una parodia de la literatura épica clásica, un debate filosófico sobre las virtudes de la vida sedentaria en contraste con el nomadismo, un homenaje a la obra de Jules Verne o una chanza de la novela pastoril. “Armaduras” retrata la época final de los caballeros andantes, cuando el desgaste de una tradición, de una literatura y de un modo de vida produce un estado de cosas entre trágico y cómico. Lo cómico surge del regateo de las piezas de las armaduras como si los caballeros fueran comerciantes de la colonia Doctores y lo trágico, de un mundo achicándose a tal velocidad que cancela toda forma de errancia. En estos dos cuentos y también en otro titulado “El gesto”, Fabio Morábito muestra una faceta encantadora de la imaginación que es el ingenio, y también demuestra cuán difícil es ser ingenioso e inteligente a la vez.

“Huellas”, que inspiró la portada del libro y quizá le sirviera así de tonalidad emblemática, se antoja el cuento más enigmático y angustiante del volumen. Desde que lo leí, sigo reflexionando sobre su sentido alegórico, si es que acaso existe uno solo. Esas figuras humanas que han dejado sus huellas sobre la arena de una playa, ¿serán los deseos que nunca alcanzamos? ¿Serán el tiempo o la vida que corren hacia delante y que en vano pretendemos retener? ¿Será la muerte con la que un día nos encontraremos? No lo sé y quizá lo que más me gusta de este cuento es

que pueda leerlo y releerlo y seguir diciendo: “no sé”, y seguir especulando y sopesando sus varias interpretaciones y que todas me resulten plausibles, y que la literatura demuestre así su ventaja sobre la realidad: que todo es posible al mismo tiempo. —

— FABIENNE BRADU

ECONOMÍA

Imperativos contra el gigantismo



Victor L. Urquidí
Otro siglo perdido / Las políticas de desarrollo en América Latina (1930-2005), México, El Colegio de México - Fondo de Cultura Económica, 2005, 568 pp.

Esta obra póstuma de Víctor L. Urquidí traduce tal vez uno de sus sueños de juventud: reseñar la evolución de las estructuras de la sociedad latinoamericana contemporánea en la constelación internacional, sin incurrir en predicamentos ideológicos o moralizantes que suelen manifestarse ya en elogios interesados, ya en denuncias desbordadas. Un sueño que asume aquí rasgos idiosincrásicos, “urquidianos”: prolijidad en el uso del lenguaje y de los datos, inclinación a la ironía y a la paradoja, irreprimible ánimo crítico y, en fin, la lúcida aceptación de la fragilidad humana. El texto resume, en sus doce densos capítulos, el tema que fuera uno de los hilos constantes de la inquieta vida del autor: la economía política latinoamericana, disciplina apenas cultivada por los que con alguna mordacidad Urquidí llama “economistas de altos vuelos”, esto es, especialistas que se solazan con modelos y artificios matemáticos distantes —por formalmente precisos— de cualquier

realidad. Visión alejada también de no escasos “ideólogos del desarrollo” que pretenden caracterizar con algún término fragoroso (“dependencia”, “colonialismo”, “intervencionismo burocrático”, “fantasías neomarxistas”) complejas cuestiones de la evolución nacional y regional.

Ya en el prólogo —una apretada autobiografía intelectual—, Urquidí revela que jamás fue algo más que un explorador de las ciencias sociales. Su curiosidad es plural. La referencia a un personajes shakespeariano no es fortuita: transparenta la amplitud de sus intereses intelectuales. Y sus constantes trajines geográficos e institucionales que allí registra ponen de relieve —sin aspavientos— sus facultades como analista y como líder académico.

Por añadidura, el prólogo anticipa tres tesis cardinales que se desplegarán en el texto. La primera: no existe una economía latinoamericana; se trata apenas de una región, de una geografía escindida en bloques que tienden a alzarse desdibujando las coincidencias culturales que el devenir histórico habría gestado. Hay intereses institu-

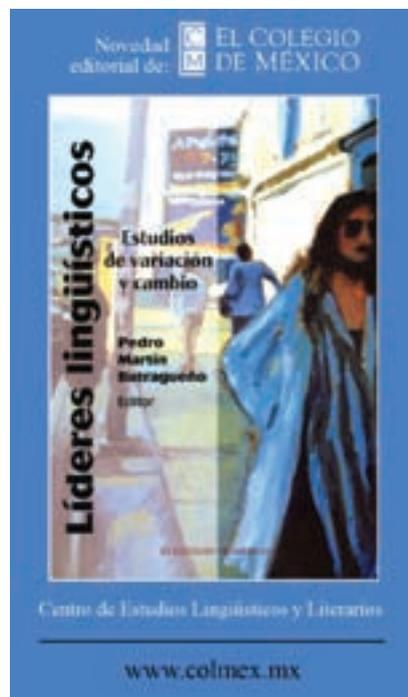
cionales que justifican la existencia de organismos regionales, y el ardor retórico que preside ciertos cónclaves intergubernamentales conduce a ignorar este hecho. La segunda tesis: los estudiosos que generalizan sobre los problemas e inclinaciones de América Latina proyectan, en rigor, las particularidades del país donde se forjaron, como profesionales, sus autores. Así como Prebisch “argentinizó” a la economía latinoamericana, Urquidí lúcidamente la “mexicanizaría”. Creo, sin embargo, que el reconocimiento sagaz de esta limitación ayuda al autor a superarla. Su examen es, en efecto, sensible a los pormenores y divergencias que presentan los casos nacionales. Y el último argumento: el rezago de esta “región” latinoamericana es acumulativo: no sólo marcha detrás de las naciones postindustriales (Estados Unidos, Alemania, Japón) sino de “economías emergentes” como España, Grecia, y los *tigres* del Sudeste asiático (lista a la que sugeriría agregar la India e Israel). Sólo África (la negra y tribal) marcha detrás de América Latina, “lo que no es consuelo” (p. 23). En suma: habrían perdido las economías latinoamericanas no sólo una o dos décadas sino todo un siglo.

Este desencanto estimula al autor a emprender un estudio pormenorizado de las economías latinoamericanas. Con fino y puntual sentido histórico, Urquidí comienza el examen de la evolución regional a partir de la crisis mundial de los treinta, que desbarató el comercio mundial, trajo los regímenes fascistas en Europa y preparó el escenario de la Segunda Guerra. A pesar de que América Latina no participó plenamente en la contienda (excepto algunas acciones simbólicas), con lo que se eximió de los desastres civiles y económicos que fueron el infortunio de todos los países contendientes excepto Estados Unidos, los beneficios que recogió como exportadora de bienes estratégicos fueron limitados. A periodos de auge y crecimiento siguieron otros de contracción y desasosiego. La industrialización y las exportacio-

nes sustentaron —y favorecieron— un delgado estrato de empresas y sectores, en tanto que las grandes mayorías empezaron a conocer una pobreza modernizada (p. 31).

Por añadidura, las políticas gubernamentales en apoyo a la industrialización y a la integración con economías vecinas, las reformas agrarias y las innovaciones tecnológicas se detuvieron a mitad de camino, quebradas por la inflación económica y burocrática. A estos defectos se sumó un imprudente endeudamiento a tasas escandalosamente desfavorables (p. 36). Así —parafrasea Urquidí a Churchill— “nunca tan pocos endeudaron tanto a tantos pueblos en tan corto plazo” (p. 440). Sin embargo, para no desesperar, el autor inserta comentarios consoladores: “...quedan muchos logros positivos: la creación de nuevas industrias, el incremento de la capacidad de generación de energía, la modernización de algunos sectores de la agricultura, la expansión al menos cuantitativa de los sistemas de educación y salud...” (p. 47). Consuelo que se evapora en la siguiente página: “...mucho de la nueva industria acabó [...] convertida en chatarra física y económica.” Con cifras actualizadas prolijamente por el economista y estadígrafo A. Maddison, el autor comenta reiteradamente las dimensiones del estancamiento económico y social latinoamericano, que persistiría hasta hoy. Y en este juego de contrapuntos, acaso para moderar el libreto de Casandra, Urquidí sugerirá en el último capítulo algunos lineamientos que, sabiamente aplicados, podrían frenar estas tendencias seculares hacia un deterioro generalizado.

Particularmente instructiva es la sección IV, que refiere “la edad de oro del desarrollo”, en el tramo que va de 1950 a 1973. Las enseñanzas keynesianas incorporadas por los gobiernos, la guerra en Corea que propició las exportaciones, y la industrialización acelerada trajeron consigo un auge macroeconómico y el mejoramiento de los términos del intercambio



(p.141). Pero el oro no brilló un tiempo prolongado: los gobiernos cedieron a proyectos “faraónicos” incosteables y faltó, en cualquier caso, una estrategia que condujera a una inserción dinámica y persistente en los mercados internacionales. El inflamado “desarrollismo” (p.148) impidió aprovechar “las ventajas del rezago” (adopción de técnicas novedosas por ausencia o destrucción de las tradicionales), como lo hiciera Europa en los cincuenta. Y sobre todo, la cultura y la economía latinoamericanas fueron ciegas a la necesidad y a los beneficios de la educación científica y del avance tecnológico (p.157).

El talento didáctico de Urquidi se manifiesta con nitidez en el capítulo VI, que aborda el “financiamiento como problema estructural”. Es una pieza instructiva para el interesado en este asunto. El autor explica los orígenes y los efectos de la inflación, la transferencia perversa de ahorros entre sectores, las funciones que debería desempeñar una banca de desarrollo, y los vicios inherentes a un excesivo dirigismo estatal. El déficit crónico y endémico del sector público fue el desafortunado resultado de estos errores (p. 256). Urquidi señala que una peregrina coalición de intelectuales *marxizantes* con la gran iniciativa privada y la derecha política es la responsable de estas distorsiones. Esta convergencia habría conducido a los gobiernos a despreciar las exigencias y los programas propuestos por la Alianza para el Progreso, que fue mal entendida y aplicada conforme a la improbable inteligencia del Comité de los Nueve Sabios encargados de administrarla (p. 263).

Con una prolijidad que para algún lector será tediosa, Urquidi aborda todos los temas de la economía política pertinentes para la región latinoamericana: la inestabilidad estructural, la sobrevaluación de las monedas, los reajustes sin crecimiento, el letargo educacional y tecnológico, los orígenes de la desigualdad social, y los costos ambientales. Jamás cede a la tentación victimológica, tan apreciada

por no pocos intelectuales latinoamericanos: culpar al Otro bajo apellidos como “el Imperio o imperialismo”, el “centro hegemónico”, los “intereses transnacionales”. Urquidi adjudica la responsabilidad a factores nacionales e internos. El entorno no es en sí mismo ni puro ni perverso; su calidad depende de la capacidad nacional de negociación. Y en este contexto sugiero que el autor debió poner más acento en los daños causados por los populismos de izquierda y derecha, por la cultura de la corrupción, y por el rampante narcotráfico, factores que distorsionan en conjunto la moral y la transparencia de las instituciones públicas y privadas.

Urquidi concluye con un “paradigma” (p. 524 ss.) que auspicia el viraje estructural de las directrices gubernamentales conocidas hasta aquí. Entre sus recomendaciones: mejorar el capital humano, reducir las rigideces institucionales, elevar la ecoeficiencia y la competitividad interna y externa, sanear el desequilibrio entre el Estado y los mercados. Conjeturo que Urquidi ofrece este recetario sin ilusiones: debió de anticipar que los gobiernos le prodigarán mesurada atención. Pero se trata —si bien adivino sus intenciones— de mensajes e imperativos que la sociedad civil debe asimilar si aspira a impedir el descalabro generalizado y persistente.

La abundante bibliografía alude en especial a trabajos clásicos que vieron luz en los ochenta y noventa. Apenas cabe encontrar estudios publicados en los primeros años del siglo, circunstancia que conlleva dos ventajas: por un lado, recuerda a perspicaces investigadores —como Hirschman o Wionczek— que han pasado injustamente al olvido, y, por el otro, obliga a jóvenes estudiosos a documentarse debidamente antes de emprender nuevas exploraciones.

Cabe esperar que nuevas ediciones de este texto contengan un índice pormenorizado de nombres y temas. —

— JOSEPH HODARA

POESÍA

Descalabros de lo sagrado



José Kozer
Ogi no mato
México,
Universidad
Autónoma de
la Ciudad de
México, 2005,
100 pp.

Dados sus pactos con el rayo de la escritura, no es extraño encontrarnos cada poco tiempo con un nuevo libro de poemas de José Kozer (La Habana, 1940). En la más reciente entrega de su obra poética, *Ogi no mato*, el autor asume nuevamente la conciencia como lugar de cruces culturales y choques verbales: algunos exuberantes, otros grotescos, pero todos rinden evidencia de los grandes contrastes de nuestra época, donde el pensamiento actual juega a equiparar lo disperso, a unir lo irreconciliable, mientras llama al resultado “modernidad”, “globalización”, “civilización”.

Judío, mestizo, cubano, exiliado, poeta, Kozer se ha propuesto escribir una poesía que lo equivalga, capaz de dar noticia de sus mixturas vitales: diaspórica, moderna, híbrida, profusa, oscura. Ubicado a medio camino entre el homenaje y la sátira, *Ogi no mato* es un poemario que retrata la imposibilidad de ensayar, desde la estructura mental de Occidente, la experiencia religiosa según la tradición oriental. En otras palabras, el libro completo trata de un malentendido: arrebatos místicos que pueden ser interrumpidos por la alarma de un reloj.

En los poemas, el estado nirvánico de la meditación profunda es sustituido por la contemplación ociosa de los motivos bordados en una lujosa túnica ritual; la extinción del yo en

el iniciado (la fusión con el Todo) es imposible, debido a su despierta imaginación, que le hace ver figuras cargadas de significados banales en las manchas de la pared del cuarto de plegarias.

Imágenes irreconciliables de lo elevado: la Nada (el Tao), con nuestros ángeles y la plenitud del rostro del Dios de los cristianos. En el escenario de los poemas, el hombre occidental sufre la imposibilidad de acceder a estadios superiores, puesto que es su formación la que lo deja fuera: carece de las claves mediante las cuales se descifra el Cielo de los budas. Para nosotros, la meditación suele ser una práctica para solucionar nuestros problemas de estrés; el sentido de lo trascendente, una forma de la exageración y el detallismo.

¿Qué nos sucede? ¿Dónde radica el sabotaje de nuestras aspiraciones trascendentales?, se pregunta el autor constantemente. En el autogol: nuestra costumbre de escindir lo mental de lo instintivo, ese fomento de la bipolaridad donde los hemisferios nunca se ponen de acuerdo, una arraigada necesidad de explicar aun lo inexplicable, y nuestra posesión más preciada: nuestra ilustración. A lo largo del libro se fragua la imagen del turista místico, del observador que aplaude sin entender el espectáculo, pero que lo celebra por educación, para simular que efectivamente alcanza a ver lo invisible: “Desorientación implica explicación, implica / estar a la entrada del tiempo y ver establos.”

Los paréntesis que proliferan en el texto son el espacio donde la conciencia del escéptico se muestra. Sirviéndose de estas pausas en la puntuación, desautoriza las aseveraciones místicas, se burla de la guía espiritual, descrea de la utilidad de todo esto (más allá del Feng Shui) y logra lo más duro de la crítica: “Wang Wei // piensa que el mundo, más que misterio, es (como suele decirse en chino de Pekín) / una verracada. // (Paréntesis: la palabra verracada apenas transmite el ideograma original

que tanto / hace sonreír a Wang Wei: mucho más / se acerca nuestro vocablo nacional / comemierda)”. Y continúa: “Wang // Wei // sugiere (de algo hay que vivir) que quien pinta escribe y escribe pintando, o / quien escribe escribiendo y pinta / pintando, tiene la ocupación de no / ser lañador ni ropavejero (por sólo / traer a colación unos ejemplos)”. De algo hay que vivir: de proferir, por ejemplo, simplicidades con delirios de grandeza. Los versos de José Kozler se despliegan y repliegan, alargándose en sus imágenes, concretándose en la demolición de la sátira. Kozler, emblema superviviente del barroco latinoamericano, da justo en el blanco con su verbo mestizo, cruzado, en la serie de poemas que relatan la (des)concentración de los sabios maestros, o en la descripción estoica de una vaca a punto de ser descuartizada.

“Todos los poetas son judíos” (Marina Tsvietáieva) es un verso fetiche del poeta cubano. Visto con conciencia histórica, es posible afirmar que los verdaderos poetas llevan su patria en la escritura, perviven en la diáspora del mundo. Viven su éxodo (o aspiran a él, o deberían hacerlo): escribir desde la orilla. Pero no todos advierten la farsa de la modernidad ni, en lugar de rasgarse las vestiduras, optan mejor por reírse del mundo. No todos se divierten. “En mi poesía hay un eco de ecos: una palabra me tienta y se me vuelve natural. La palabra es para mí un boomerang: va y viene por registros disímiles, prolifera, se lateraliza constantemente, suscita el movimiento de hormigueos, segrega una telaraña”, dijo José Kozler en una entrevista. Es posible definir a *Ogi no mato* como un poemario “desoriental” (el término es de Julián Herbert), donde lo sagrado queda reducido a una mosca atrapada en el tejido del depredador, y es descubierta —entre risas grabadas— como sólo eso: el zumbido de un vuelo que busca distraernos del mundo. —

— LUIS JORGE BOONE

ENSAYO

La música de Babel



Carlos Prieto
Cinco mil años de palabras
México, Fondo de Cultura Económica, 2005, 274 pp.

En su *Arte poética*, Borges nos ilumina con este simple pensamiento: “he llegado a la conclusión [...] de que ya no creo en la expresión. Sólo creo en la alusión. Después de todo, ¿qué son las palabras? Las palabras son símbolos para recuerdos compartidos. Si yo uso una palabra, ustedes deben tener alguna experiencia de lo que representa [...]”

Tal vez sin notarlo del todo (como ocurre a los sabios, que viven rebasados hasta por sus más leves intuiciones), Borges prefiguraba o atestiguaba la gradual ruina de la enseñanza de la literatura y, junto con ella, la de la lingüística: un maremágnum de terminajos contradictorios, de nimios pero irreconciliables desacuerdos, de datos o singularidades cuya estadística y catálogo rebasa, en ocasiones, los famélicos recursos de la simple sensatez. La enseñanza estructural de los idiomas, y por ende la enseñanza de la historia del lenguaje, ha venido convirtiéndose en una nueva torre de Babel, esta vez académica; una zona verbal donde no se entiende a nadie.

Es en este contexto donde quiero ubicar, para mejor hacer aprecio de sus logros, *Cinco mil años de palabras*, el ensayo de divulgación que, en su faceta de escritor, nos ofrece el chelista Carlos Prieto.

Cinco mil años de palabras consta de una breve introducción, trece capítulos dedicados al origen y la historia de las lenguas humanas, uno más (el cator-

ce) consagrado a los números y su influencia en conceptos cotidianos, y un epílogo que traduce, en clave de amor, la belleza armónica del lenguaje a la capacidad comunicativa y civilizadora de las artes musicales.

En los primeros dos capítulos de su obra, Prieto aborda cuestiones que, por antropológicas, lindan con la poesía y el misterio: los ancianos orígenes africanos del hombre, la posibilidad de que todas las lenguas del mundo provengan de apenas diecisiete (o incluso doce) familias lingüísticas dispersas, la sorpresa del idioma tocario (una isla de la rama indoeuropea que floreció en el Turkestán chino), los lazos familiares entre el japonés y el turco, la peculiaridad de idiomas como el vasco —que ha hecho pensar a algunos científicos en la permanencia en nuestra especie del hombre de Cromañón— y la maravilla de la escritura ideogramática, tan antigua y tan moderna que permite que una novela china contemporánea pueda leerse en muchas lenguas distintas sin necesidad de traducción.

Los capítulos que van del tres al nueve, y que conforman el núcleo de este libro, se alimentan de un tema que nos es muy cercano: el latín y sus hijos, los idiomas romances. Carlos Prieto posee en estos pasajes la habilidad de involucrar lo cotidiano con lo erudito y sorpresivo: de la solemne entereza del latín clásico a la vivaz holgura del lunfardo argentino, el autor nos introduce en un viaje gozoso, cazando aquí y allá etimologías ocultas, anécdotas personales, procacidades inconscientes, intrigas cortesanas y pasiones políticas que hace siglos arrasaron la vida de los hombres, y de cuyo afán sólo perdura hoy un emblema, un fantasma de tinta y de sonido: las palabras.

Los capítulos postreros (antes de que el autor decida abordar los números y la música) se dedican al inglés, el ruso, las lenguas semíticas (con particular énfasis en el hebreo) y las familias lingüísticas de la América precolombina.

Pero esto es sólo una sucinta des-

cripción de lo que narra *Cinco mil años de palabras*; ¿qué argumentos verdaderos, es decir, personales, podría yo darle a un lector para que busque, para que agote, para que incorpore este libro a su experiencia vital?

Lo primero, y que ya casi nadie dice en este país a título de elogio (tal vez porque nos acomplejó el estructuralismo francés, o tal vez porque estamos volviéndonos soberanamente aburridos), es que se trata de un texto ameno, accesible para lectores no especializados, salpicado aquí y allá de datos curiosos, reflexiones alegres, tránsitos autobiográficos, sutiles bromas. Imposible evitar la referencia a *Los 1001 años de la lengua española*, de don Antonio Alatorre, obra sin duda emparentada con esta que comento, y que a mí me reveló, hace años, que uno podía amar la filología y la lingüística sin necesidad de convertirse en una persona horrible.

Cinco mil años de palabras puede leerse de muchas formas: como obra teórica, erudita y compilatoria, por ejemplo. Sin embargo, y bordando hacia la ruta que me es más querida, prefiero verlo como una pieza literaria: un relato de indagaciones y misterios, un compendio de viajes, un (y ésta es la descripción que me parece más precisa) “ensayo de aventuras”.

Como relato de misterio, nos asoma al mundo celta, nos permite entrever los enigmas de lenguas extintas y sin filiación familiar discernible (por ejemplo el etrusco), y nos proporciona la felicidad de saber que el más antiguo testimonio conocido de una lengua protorromance, encontrado en Italia y escrito hacia el siglo IX, no es ni un comentario político, ni un texto religioso, ni la descripción de una batalla: es una adivinanza, el hermosísimo *Indovinello Veronese*; lo que equivale, al menos como metáfora, a decir que nuestra escritura originaria no privilegia ni la sangre militar ni las instituciones políticas y religiosas, sino la poesía, el juego y el azar.

Como libro de viajes, *Cinco mil años de palabras* nos lleva a la Anatolia y al país de los hititas, nos permite reco-

rrer una parte del camino que llevó a los gitanos desde tierras de la India al confín europeo, nos revela que (por un error de cálculo, y ajustándonos a la cronología vigente), Cristo nació en realidad en el año 6 antes de Cristo.

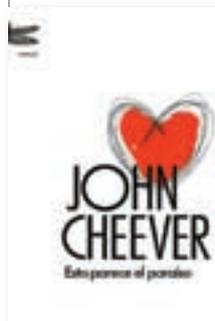
Cinco mil años de palabras es, finalmente, un “ensayo de aventuras” en el sentido en que llamamos “novelas de aventuras” a las escritas por Stevenson o Conrad: a la emoción, a la sorpresa y el peligro sucede siempre la bergsoniana felicidad de lo cumplido, de lo que se descubre, de la transformación. La peripecia del lenguaje termina, como en la historia de todos los héroes que vale la pena recordar, en mí mismo: yo soy ese hombre que salió, hace miles y miles de años, de los confines de África; yo soy (y conmigo cada uno de ustedes, de nosotros) el heredero de estos gloriosos y trágicos y cómicos y lúcidos milenios de lenguaje.

Carlos Prieto escribe de cara a esta sencilla epifanía: de cara a la felicidad de su lector. Escribe, diría Borges, pensando que “las palabras son símbolos para recuerdos compartidos”: un muy antiguo, pero también sólido puente a través del cual nos visitamos en el tiempo. —

— JULIÁN HERBERT

NOVELA

A pleno sol



John Cheever
Esto parece el paraíso
trad. Claudia Conde,
Barcelona, Emecé, 2005,
146 pp.

Que la vida es humo. Que la novela ha muerto. Que la narrativa es pesimista o no es literatura. Lo sabemos todo y, sin embargo, nada es

del todo cierto. Hay excepciones. Momentos de plenitud entre los muslos de una criada. Alguna novela convencional y, no obstante, válida. Cierta narrativa capaz de registrar, simultáneamente, la luz y la penumbra. Éste es el caso de *Esto parece el paraíso* (1982), la última novela de John Cheever. Una novela luminosa y, aparte de eso, un sereno testamento. Hundido en la vejez, cerca de la muerte, Cheever corta caja y esto entiende: el tiempo no ha intensificado su amargura sino, cosa rara, su esperanza. Una esperanza apenas encendida, ajena a toda cursilería. Son célebres sus ácidos relatos sobre los suburbios estadounidenses pero es hora, se convence, de escribir una coda. Una novela apacible. Una obra sobre “un hombre viejo al que le gusta patinar en el hielo”. Una historia, como señalará su primera frase, “para leer(se) en cama, en una casa antigua, una noche de lluvia”. Ésas, sus intenciones. Ambiciones de anciano, acaso. El resultado: una novela afable, extrañamente templada, la mejor de sus novelas. Eso, y un desmentido: no todo lo que dura es infame.

¿Una historia feliz? No necesariamente. Para componer su testamento, Cheever no se engaña. La vida es esto y esto retrata. No una historia fácil sino verosímil, tirada por el ruido y por el tedio. El protagonista: Lemuel Sears, un hombre acomodado y a un paso de la vejez. La anécdota: ese penúltimo paso, los inesperados ritos antes de atravesar el umbral de la senectud. Un amor postrero y frustrado. Una primera relación homosexual. Una batalla legal contra la empresa que contamina la laguna de su pueblo. No es esta historia lo que sorprende, sin embargo. Asombra el tono y una omisión: no hay angustia. Ocurre esto y aquello y no hay angustia. La hay en Cheever, por ejemplo, cuando enfrenta su culpable bisexualidad pero no en su protagonista, quien se lía con un *bispano* como quien bosteza indolentemente. La hay allá y no acá. Ése, uno de los hallazgos de la novela: expulsada la angustia, la historia adquiere una ventajosa ex-

trañeza. Es y no es leal a este mundo. Es luminosa y, al encontrar sólo esperanza en un mundo falsificado, es toda sombras. Es esto y es otra cosa.

La novela es feliz sólo porque su resolución es feliz. Cheever postula un mundo sereno, carente de angustia, y sus recursos narrativos afirman lo mismo. No hay tensión en la prosa, por ejemplo: ésta fluye templada, armónicamente, rebosante siempre de lirismo. El lirismo también coopera: construye correspondencias a través de sus metáforas y así alivia —nada lo hace— la angustia causada por la separación. Ni siquiera las subtramas, tan habituales en Cheever, desentonan: distraen la tensión narrativa, cosa buena cuando se desea escribir una novela apenas intensa. Hay que decirlo así: *Esto parece el paraíso* es un triunfo de la técnica narrativa. Hay que decirlo de ese modo porque estos triunfos no son corrientes en las novelas de Cheever. En pocos casos como en el suyo es tan cierta esta frase: fue mejor cuentista que novelista. Escribió algunos de los cuentos fundamentales de la literatura norteamericana pero ninguna de sus novelas centrales. Ni *Falconer*, su novela más famosa, ni su saga de los Wapshot —*Crónica de los Wapshot* y *El escándalo de los Wapshot*— se sostienen a la altura de lo que hacían casi al mismo tiempo, digamos, Truman Capote, William Styron o Philip Roth. Son novelas lastradas por la experiencia del cuentista: demasiadas subtramas, tensión escasa y un temperamento nunca lo suficientemente enardecido como para expresarse durante un centenar de páginas. Si alguna de sus novelas sobrevive, será ésta, y a otra cosa.

Otra cosa: la luz en la narrativa estadounidense. No es Cheever el único autor luminoso en aquella literatura. Son legión los autores que han registrado allá, sin traicionarlo, un mundo pleno de claridad y destellos. Ése es acaso el rasgo distintivo de la literatura norteamericana: su naturaleza solar. Como poesía nacional, el optimismo democrático de un ciudadano que se sospecha un cosmos. Como épica popular, un hom-

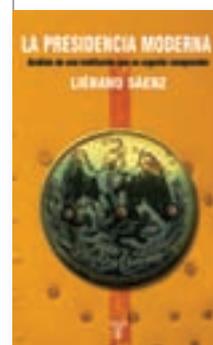
bre batiéndose bajo el sol contra una ballena. Más tarde, con Hemingway y Faulkner, lo central ocurre, así sea sórdidamente, al aire libre. Incluso cuando dobla el siglo y la narrativa se oculta en las aulas y en las plumas judías la luz no cesa. Piénsese en la preocupación de Norman Mailer: cómo describir la sensación de poder y crecimiento. Piénsese en la de J.D. Salinger: cómo dictar una moral humanista desde una literatura fina y pudorosa. Piénsese, sobre todo, en la de Saul Bellow: cómo extender una epifanía durante toda una obra, cómo reconstruir festivamente los claroscuros de la sociedad estadounidense. Es allí, en esa tradición, donde también descansa el mejor Cheever. El cronista de esos suburbios tan idílicos como vacíos. El cuentista que padece una simultánea aversión y fascinación por sus vecinos. El novelista temperado, y a veces extraordinario, de *Esto parece el paraíso*.

Que se entienda. Sólo allá, en aquel mundo, ocurre eso. Aquí, estancadas, las nociones básicas. Que la vida es humo. Que la novela ha muerto. Que la narrativa es pesimista o no es literatura. —

— RAFAEL LEMUS

POLÍTICA

La presidencia que falta



Liébrano Sáenz
La presidencia moderna / Análisis de una institución que es urgente comprender
México, Taurus, 2006, 438 pp.

Con el advenimiento, en 1997, de un gobierno dividido en México, por el cual el partido del Presidente de la República dejaba de tener la mayoría legislativa en el Congreso, se produjo en el país lo

que sin lugar a dudas constituye uno de los vuelcos más fundamentales de nuestra historia política reciente. En adelante, la Presidencia que antes se erigía en el poder hegemónico por excelencia, que arbitraba y decidía sin contrapesos, empezaría a experimentar las transformaciones derivadas del paso de una democracia mayoritaria a una democracia consensual. A la separación de poderes que caracteriza al régimen presidencial mexicano, a su bicameralismo en el ámbito federal, y al federalismo y municipalismo que ha permitido desconcentrar el poder hacia los estados y los municipios del país se sumaría la existencia de una mayoría parlamentaria opositora. Obligada a ejercer el diálogo y la negociación como prácticas vigentes en un régimen que se asume democrático, la Presidencia misma enfrenta –de cara a la parálisis que ha supuesto el gobierno dividido– el reto de su modernidad ante el riesgo del inmovilismo político.

La Presidencia moderna, libro de Liébano Sáenz –ex secretario particular de Ernesto Zedillo y voz autorizada para hablar de las batallas que se libran desde las oficinas presidenciales–, es una obra que aborda con cercanía y detenimiento los intersticios de la Presidencia, sus componentes y sus vínculos con los otros poderes de la Unión y con la multiplicidad de agentes sociales que conforman el espectro político mexicano. A la manera de obras escritas por quienes han vivido de cerca el tráfico presidencial –a las que, en su seguimiento del sistema presidencial estadounidense, Sáenz cita, y entre las que pueden mencionarse *Managing the White House / An Intimate Study of the Presidency* (1974) de Tanner Johnson, que fungiera como miembro del *staff* presidencial en Estados Unidos, o *Counsel to the President* (1991) de Clark Clifford, quien fuera asesor de los presidentes Truman, Kennedy y Johnson–, el libro ofrece una idea articulada de la forma en que la Presidencia de la República, en cuanto institución que debe ser vista

como objeto de análisis y estudio, se constituye como entidad con poderes apreciables, pero también con grandes debilidades que limitan –en el caso mexicano– el tránsito hacia un régimen democrático con gobernabilidad plena.

A decir de Sáenz, “... es en la Presidencia, en última instancia, donde se aprende respecto a sus poderes y límites. En el cargo se toma conciencia de lo posible y de qué promesas de campaña quedarán incumplidas; el ejercicio es un proceso de aprendizaje del saber, sus límites y acotaciones”. La obra de Sáenz, que bien puede tomarse en algunos de sus capítulos como un manual para quienes integran el equipo de asesoría del Presidente, insiste en las reformas necesarias para hacer de la Presidencia una institución capaz de hacer frente a las dificultades de interlocución con el Congreso, en un contexto de gobierno dividido. Los obstáculos, en apariencia insalvables, que enfrentan iniciativas como la facilitación de mayorías al Presidente –a través de la reducción o desaparición de la representación proporcional en las cámaras y la vuelta a un sistema mayoritario, las restricciones a la formación de nuevos partidos o la llamada *cláusula de gobernabilidad*– representan verdaderos escollos que se suman, por otra parte, a las dificultades para acceder a un sistema parlamentario en el que –como ocurre en Estados Unidos– sea posible la reelección consecutiva de los legisladores, o para adoptar alguna de las variantes del presidencialismo parlamentarizado, bajo el que sería posible la integración de un gobierno de gabinete aprobado por el Congreso y autónomo respecto al Presidente.

Sáenz no aporta en su visión feliz de una democracia mexicana plena –formó parte, después de todo, del equipo presidencial que facilitó el tránsito a la alternancia en Los Pinos– elementos concluyentes en relación con la conveniencia o inconveniencia de las reformas planteadas al sistema presidencial –mayorías afines, reelec-

ción de congresistas y nombramiento de un jefe de gabinete con ratificación de las cámaras–, pero insiste, al exponer la problemática estructural de los cambios institucionales, en la necesidad de proceder en la reforma de los partidos políticos –en su calidad de piezas fundamentales del entramado democrático del país– y del Congreso –ese otro poder tan dado al escarnio entre amplios sectores de la opinión pública.

Todo Presidente debe diferenciar –subraya Sáenz– entre su papel como jefe de Estado, como jefe de gobierno y como eventual jefe de partido. Quizá podría afirmarse, en esa misma línea de entendimiento, que todo ciudadano en México debiera ser capaz de situar al Presidente en la perspectiva en que ejerce tal o cual acción de su mandato. La comprensión de esos perfiles se traduciría, muy probablemente, en un mayor entendimiento de los alcances reales de una institución tan singular en el desarrollo político de México, pero también en una exigencia a quienes distorsionan la naturaleza de sus propósitos y sus recursos. A Sáenz tendríamos que agradecerle los lectores su aproximación paciente y razonada a la institución presidencial en un tiempo en que faltan explicaciones y sobran razones para la desconfianza. También la posibilidad de avistar, a través de su libro, los meandros de la Presidencia, ese “mundo de misterio, mucho más cerca de lo religioso que del mundo secular”. –

– FRANCISCO PAYRÓ



ENSAYO

Entre trilogías



Eulalio Ferrer
El lenguaje
de las trilogías
México, Fondo
de Cultura
Económica,
2006, 402 pp.

En el pensamiento pitagórico y platónico los seres son números. El orden universal procede conforme a proporciones numéricas o figuras geométricas vinculadas al tres. A poco que metamos la mano en la memoria del tiempo se verán las pirámides, de caras triangulares, las prodigiosas naves triremes, la dialéctica, y otras formas de concebir o expresar lo humano con dicho recurso. Alcanzar un atisbo suficiente de la importancia que conserva el número tres en todas las sociedades del mundo era un tema que exigía ser abordado de modo completo, claro e ilustrativo.

Los números han sido cultivados en su dimensión simbólica desde eras ancestrales; entre ellos, el tres mantiene un carácter relevante. Así lo muestra, en tres sucesivas aproximaciones, Eulalio Ferrer: hace más de treinta y cinco años impartió una conferencia sobre los componentes tripartitos en la publicidad; luego, en 1989, se publicó su libro *Trilogías, la influencia del tres en la vida mexicana*; y en este 2006 remata esa inquietud con la obra *El lenguaje de las trilogías*, bajo el sello del Fondo de Cultura Económica.

Octavio Paz escribió un prólogo para aquel libro de los ochenta; prólogo que, atinadamente, se reproduce en el actual. Allí se preguntaba el poeta por qué vemos al mundo, “a través de la ventana del lenguaje”, mediante trilogías. Y constataba, en esa ocasión,

que “para los mexicanos esa ventana verbal es *triangular*”. Surgiría la interrogante de si se compartía ese rasgo con otros idiomas o con otras culturas. También avanzaba Paz la propuesta de que alguien buscara, en esa misma dirección, “en el subsuelo psíquico de México, las figuras del cuatro y el cinco”, pero Eulalio Ferrer mantiene su fidelidad al tres por lo que, en lugar de incursionar en aquel subsuelo, amplía sus propósitos hacia lo trilogico en la tradición mundial.

Ya se trate de la antigüedad de China y Egipto o de las más contemporáneas figuraciones, el tres aparecerá como algo central, y quizás irremplazable, en todos los continentes. El orden que ha elegido el autor atañe a los diversos ámbitos de la expresión social y la convivencia: literatura, religión, filosofía o política son sólo algunos de los sectores en los que, profusamente, podremos asistir a las sorpresas de lo triádico. De entre todas, la más extendida será la del campo literario. Episodios, series, personajes, asuntos, estructuras, y en fin toda la complejidad del universo de las letras se presta a esa relación. Incluso la secuencia en que se presentan los grandes autores es tripartita: Dante, Shakespeare, Cervantes. Desde el mundo clásico griego hasta el siglo xx y a través de sus vertientes genéricas de poesía, teatro y prosa, el libro es pródigo en caracterizar los aspectos triples. Más allá, se exponen las generaciones de autores históricos en su evaluación trinitaria. O bien, en el sesgo lúdico, Ferrer cita algunos palíndromos de tres palabras, de la autoría de Otto-Raúl González: “A jugar aguja”, “Subo tu autobús” y “La tele letal”. Tres acentos, tres versos, progresión de tres elementos o voces (como los memorables de Manuel José Othón: “y la sombra que avanza, avanza, avanza...”), todo converge al torbellino de las triplicidades.

Con todo, será en las religiones y filosofías donde el tres se convierta en sinónimo de perfección, dinamismo o completitud. El cosmos y las divinidades, así como la lógica y las ideas, se matizan de ternarios: por antonomasia,

las tres personas de la Trinidad. Igualmente en sus modos de ser, pues son tres las grandes religiones monoteístas. Se aducen, luego, los Tres Reyes Magos. Las virtudes teologales: fe, esperanza, caridad. Y del tres a sus múltiplos: el número de los Apóstoles. Y así sucesivamente.

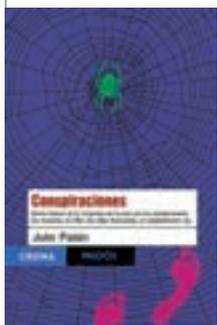
Cada capítulo entrega un conjunto de referencias sobre el lado de la cultura al que se aboca: mitos, símbolos, historia. Al llegar a la parte de trilogías varias, nos advierte Ferrer que “el universo de las trilogías, sus lenguajes, simbolismos y aplicaciones prácticas es inagotable”. *El lenguaje de las trilogías* nos lleva, pues, a la orilla de lo interminable. Cada cual podría añadir sus propios hallazgos y constituir, de tal modo, una especie de “Libro de Arena” del número tres. Canciones, artes, gastronomía, lo que uno quiera nombrar tiene cabida en este ensayo de Eulalio Ferrer, que se coloca en el camino de los imprescindibles. A semejanza de algunos de sus libros previos, éste concluye con varios apéndices e índices que expanden su riqueza. Primero, una “lista de obras en trilogía”, a la que siguen “tréboles poéticos y literarios”, “Lista de títulos con mención del tres y trinitarios”, para finalizar con “trilemas de la publicidad”. Entre esa reunión miscelánea destaca la embriaguez baudelaireana: “de vino, de poesía o de virtud”; y lo que, según Miguel Hernández, se hace para la libertad: “sangro, lucho, pervivo”. No faltarían, desde luego, los lemas publicitarios: “mejor mejora Mejoral”; “Es mucha leche”; “la mujer... la leyenda... la fragancia”.

Así, en un recorrido que nos aproxima de vértigo en vértigo a la presencia de componentes tripartitas, *El lenguaje de las trilogías* se descubre como guía insuperable para hacernos la misma pregunta que Octavio Paz: ¿por qué el tres, número de “dominación absoluta”? Tal vez nunca lleguemos a saber las causas de su proliferación, pero conocemos sus constancias. —

— BENJAMÍN VALDIVIA

ENSAYO

Conspiraciones



Julio Patán
Conspiraciones / Breve historia de la conquista del mundo por los extraterrestres, los masones, la ONU, las elites financieras, el establishment, etc., México, Paidós, 2005, 209 pp.

La reciente reunión de Bono, el Papa, George Soros, George Bush y Bill Gates con el grupo Bilderberg tan sólo puede indicar que los altos sacerdotes de la globalización han recibido por fin el llamado de los Grises. Las naves comenzarán a llegar a la tierra muy pronto y los únicos que se salvarán serán por supuesto los herederos de los *Protocolos de los sabios de Sión*.

Las conspiraciones son fascinantes porque nos permiten ser detectives o críticos de todo lo que nos rodea, nos invitan a leer, analizar e interpretar señales y símbolos que normalmente pasan inadvertidos a la mayoría y convierten la cotidianidad en un intrigante *rally* de pistas y misterios por resolver. Además, las conspiraciones se ofrecen como narrativas abiertas, febriles y apasionantes que fusionan datos comprobables con hipótesis, exageraciones y falsificaciones que a menudo despiertan la imaginación y las fantasías cinematográficas. En Estados Unidos, prácticamente no hay noche en que la televisión por cable no ofrezca por lo menos un programa sobre ovnis o el asesinato de Kennedy.

Conspiraciones, de Julio Patán, es una estupenda, divertida y mordaz reflexión en torno a las teorías que pretenden explicar la historia como resultado de vastos planes, complejos

e intemporales, llevados a cabo con perfección extraordinaria para cometer actos atroces y hacerlos pasar como accidentes de la historia. Patán ha escrito un libro inteligente, colorido y en general formidablemente argumentado con el que desarma una variedad de fantasías, mitos, delirios paranoicos y fábulas urbanas: de las historias de extraterrestres que vienen a conquistar la tierra hasta las de los masones que quieren imponer el comunismo en todo el planeta.

Lo primero que hace el autor es separar las conspiraciones en dos grupos. Las primeras son las acciones falibles y limitadas, que involucran a grupos de individuos para cometer actos en contra de otras personas. El libro de Patán trata las otras, aquellas que son ilimitadas y universales en sus objetivos y alcances, pero su intención va más allá de llevarnos de la mano por el imaginario delirante e hilarante de seres marginales que han visto la verdad en tabloides sensacionalistas o gurús de dudosa reputación. La idea del libro es que las teorías más inanes y absurdas pueden convertirse en herramientas para cometer crímenes descomunales.

Gran parte de *Conspiraciones* está consagrado a la que considera la madre de todas las teorías paranoicas: la gran conspiración judía mundial, una idea que no se puede abordar superficialmente, ya que puso en evidencia las catastróficas consecuencias que puede tener el convertir una fantasía racista y xenofóbica en programa político. Para diseccionar esta conspiración, Julio Patán nos conduce desde el espurio libelo de los *Protocolos de los sabios de Sión* hasta el Holocausto, mostrando las diversas caras que ha tomado y sigue tomando el antisemitismo institucional. Otra sección del libro está dedicada a la conspiración que pondría a “los ricos” en el lugar de los megaconspiradores. Aquí Patán parece apresurado y sus argumentos más genéricos y menos afilados. Los globalofóbicos se presentan con gruesas brochadas y sus ideas son reducidas

a *collages* confusos y paranoicos. Aunque esta perspectiva probablemente sea acertada, se extraña la contundencia que Patán emplea en los capítulos anteriores. Habría resultado enriquecedor y más convincente profundizar en estas ideas y, por ejemplo, citar casos concretos de las referencias a materiales clasificados, secretos o redundantes que usa Chomsky como argumentos.

Un libro como éste, en el que se pasa revista a teorías conspiratorias ampliamente difundidas, siempre frustrará a algunos, ya que, como en toda colección de *Greatest Hits*, echaremos de menos alguna conspiración favorita (la mía: la tierra es hueca y en su interior vive una raza de nazis suizos gigantes). El caso de *Conspiraciones* no es la excepción, ya que, con su efectiva y brillante prosa, Julio Patán nos abre el apetito y despierta nuestra morbosidad por más teorías conspiratorias. En particular, si una conspiración podría caber dentro de los criterios que define Patán, no sólo por su carácter milenarista sino porque también tiene la singularidad de poder influir, con inminentes consecuencias nefastas en la toma de decisiones de hombres poderosos, es la fantasía apocalíptica que comparten la derecha fundamentalista cristiana estadounidense, de grupos como los de Jerry Falwell y Pat Robertson, y el presidente iraní Mahmoud Ahmadinejad. Estos devotos coinciden en soñar que el fin del mundo está próximo y que habrá de comenzar en Oriente Próximo. Las dos partes quieren precipitar el Armagedón y el Rapto (programado hasta nuevo aviso para el 06-06-06, lo cual resultaría inconveniente para quienes esperamos con ansiedad la Copa del Mundo de Alemania) por medio de la provocación y el conflicto para abrir las puertas del paraíso y, de paso, incinerar a los infieles, incluyendo a Patán, a quien esto escribe y quizás al incauto lector. —

— NAIEF YEHYA